

publicaciones sabemos qué soporíferas e inocuas pueden ser. Mientras no haya una actitud crítica verdaderamente destructora de una serie de falsas posiciones, no podrá ejercerse una crítica de buena formación literaria, ni habrá escuelas críticas valiosas.

Intelectualismo vacío y secundario frente a mejores modelos europeos, des-  
piste absoluto cuando se trata de encarar la literatura nacional, he ahí graves  
problemas, que en nivel académico se agrava cuando se transforman en falsa  
erudición.

Que los buenos no se hagan ilusiones, más fácil que destacar entre mediocres,  
es ser uno de ellos.

---

# Ensayo

---



Sergio Fernández

y sus novelas: *Los signos perdidos* y  
*En tela de juicio*\*

Visnja Lukavac / Letras españolas, Facultad de Filosofía y Letras

Sergio Fernández representa, en la actual literatura, una de las múltiples facetas de lo que significa novedad. Leer sus novelas es, en cuanto al idioma, una experiencia nueva. Empieza uno a leer, sigue leyendo y, por más que lea, no pasa nada, o casi nada.

En la primera de sus novelas, hasta hoy editadas, *Los Signos Perdidos*, en casa de Gerardo se reúnen sus amigos: Mercedes, Clemente, Mara, Rita, Tey, Luis y Diego. Entran, salen, vuelven a entrar, hablan, discuten, planean, bailan, comen, vuelven a hablar, a discutir y planean, hasta que se retiran a sus casas. Así, a primera vista, no ha pasado nada, ni un asesinato, ni un robo, ni una entrega amorosa, ninguna decisión llevada a cabo,

nada. Otro autor nos contaría esto en tres frases. Lo que pasa es que no hay que buscar la trama, lo que pasa, sino ¿cómo pasa? ... porque lo cierto es que los personajes han experimentado un sinfín de sensaciones, voluntarias e involuntarias. Y bajo el influjo de las mismas, han reaccionado de ésta o de otra manera. Nathalie Sarraute ha llamado tropismos a esos progresos de un ser hacia una dirección dada, bajo los influjos de una excitación exterior.

Es un grupo de mujeres y hombres que tratan de pasar una velada agradable, de mezclar sus deseos, sus problemas. Pero es inútil. Hasta el final cada uno de ellos constituirá su mundo aparte, tan individual, tan distinto a los otros que

\* Del Seminario de Literatura Mexicana dirigido por la doctora María del Carmen Millán.



toda posibilidad de comunicación queda excluida.

Cada uno de ellos está formado de una serie de circunstancias, más o menos interesantes, más o menos importantes, que al correr del tiempo fueron formando a la persona. Gerardo, el anfitrión, un intelectual que estuvo casado con Mercedes y ahora le gusta Mara, una muchacha joven y bella, pero extremadamente vanidosa, Luis y Diego, amigos de Mara; también Mercedes, ahora casada con Héctor quien estaba de viaje, desconociendo la reunión; Clemente, escritor, amigo de Gerardo y desde siempre enamorado de Mercedes, pero siendo uno de esos tímidos que se quedan esperando, porque no saben agarrar lo que tal vez podría ser tomado. Estaban además, Rita, quien a causa de una mala experiencia matrimonial, se había casi encerrado en un orfanatorio y vivía de recuerdos y esperas, y Teresa, una muchacha que se estaba quedando soltera, a pesar de que esa misma mañana Andrés le había dicho que la amaba, le dijo también que vendría a la reunión, pero el tiempo pasaba y él no aparecía. Seguramente por ser tan anhelada su presencia, él no venía.

Aparte de la sirvienta, Clara, son ocho personas, ocho mundos distintos, ocho círculos cerrados. Y como ninguno da el primer paso para entender o ser entendido, en toda una noche no logran comunicarse nada. Sergio Fernández utilizó ese ambiente, ese conjunto de circunstancias, que no ameritan el nombre de trama, como pretexto para desarrollar la captación del instante vivido.

Lo que viven los personajes lo podrían vivir aun con menos trama, ya que lo importante para el autor son los detalles más nimios, aquellos que nos acompañan siempre a todos y en cada momento, pero a los que nunca prestamos atención y si lo hacemos es involuntaria y dura unos instantes, para ser olvidada con la primera interrupción exterior. Con los reunidos en casa de Gerardo pasa lo mismo. Al entrar uno, al preguntar algo el otro, al cambiar de disco, al sentarse a la mesa, también rompen el hilo de sus pensamientos, de sus recuerdos o sus intenciones, pero ahí está el autor para anotarlos y una vez escritos, se quedan siempre ahí, apresados. El continuo cruce de ideas, provocado por una alusión de fuera, por algo que se vio sin mirar, por un ruido o una voz que se oyó sin ser escuchada, por un dolor que trajo alguna imagen o simplemente provocado por aquello que está muy dentro de uno mismo, que ya ni se ve, ni se escucha, ni se siente, porque ya pasó a formar parte de uno mismo y como tal está siempre presente aunque no se perciba, influye en las reacciones aunque no lo parezca y traza los caminos, sin despertar sospechas de su presencia. Lo que uno piensa, lo que le

gustaría hacer, lo que hace en ese momento... como las reflexiones de Tey:

"...sabía que no era una mujer original, que nada en ella resaltaba. Ni siquiera cosas desagradables, como ciertas mujeres —y vio a Mara— que por ello mismo se hacía notar. Quizá si se pintara el pelo de un dorado ardiente (y se pasó la mano para acomodárselo) o haciendo más gruesos los labios, y ocultando con sombras los párpados... Entonces los movió de una cierta manera, como si fuera real el tono que les prestaba la imaginación."

El detalle y la incomunicación entre la gente son la base de lo que describe o escribe el autor. El capítulo que mejor ilustra ese aislamiento, el que en poquísimas palabras podría ser la síntesis de toda la velada, es el que sucede después de que Teresa fue a abrir la puerta, convencidísima de que, ¡ahora sí!, era Andrés el que tocaba... es el capítulo 15:

"—Me muero de hambre — dijo, riendo,  
Mercedes.

¿Para qué habré venido?, pensó  
Clemente.

Diego miraba hacia el jardín.  
—No debo irme demasiado tarde —dijo  
Rita.

¡Si Mercedes no fuera tan extraña!,  
pensó Luis.

—¡Clara! ¿Ya podemos cenar? —  
dijo Gerardo.

¡Ojalá firme ese contrato!, pensó Mara.  
Tey volvió sola."

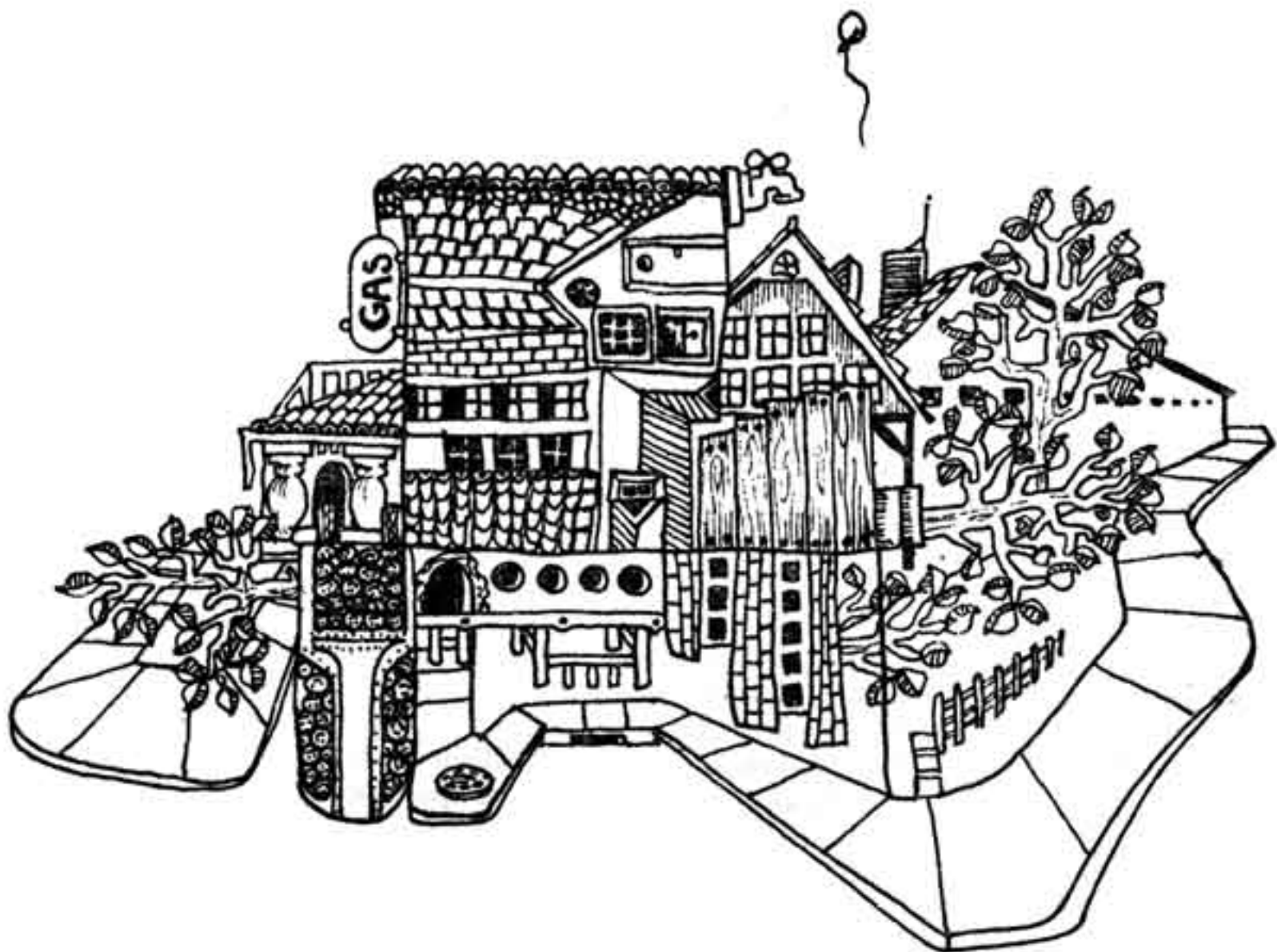
Y al final cuando los invitados se retiraban, lo único que pudo haber pasado —Mara durante la velada accedió a la insistencia de Gerardo de quedarse a solas con él, cuando todos se hayan ido — no pasa, porque al decir Mara que ella se iba a quedar un poco más, que no tenía sueño, dijo Gerardo que era preferible que se fueran todos juntos, que "por supuesto le habría gustado que Mara lo acompañara un poco más, pero que él lo hacía para que ella no se desvelara...". Después, al quedar solo, reflexionó que "una entrega era eso, una sola y no la entrega, la que nunca, por más que se esperara, llegaría".

Es incomunicación que ya se convierte en egoísmo. Es incompreensión por no querer comprender y es soledad buscada.

La idea que se desprende de su segunda novela, *En tela de juicio*, es la misma, pero aún más acentuada, aunque parezca imposible. Incomunicación completamente absoluta.

Xavier Ruiz, un dentista, se casa, aparentemente por amistad, con Úrsula, una muchacha fea y sin gracia, quien lleva en su vientre al niño de Alfredo, quien, a su vez, no puede divorciarse de Andrea, su vulgar mujer. Natalia, la madre de Úrsula realiza sus planes con esa boda, mas al enterarse de ello, arma el escándalo





obligatorio. Isabel, una chismosa incurable y Pin, su esposo, que no deja de estornudar en toda la obra, de estornudar, sonarse y hablar con voz gangosa. Matilde, quien también asiste a la boda, pero está más ausente que los que no fueron, pensando sin cesar en su amante, el plomero que un día, de pura chiripa, vino a componer la estufa o el calentador... Piensa Matilde en lo que comentaría la gente si se enterara de sus amorios con un bigotón de camiseta llena de grasa... pero son, justamente, esos bigotes todos dispares y esa mugrosa camiseta, lo que más sabor le dan a su aventura...

Éste es otro conjunto de personas que se vio reunido por otras circunstancias, pero cuya manera de ser es aún peor que la del grupo anterior. No peor en el sentido de malvados, porque ni a eso llegan... Peor, en el sentido de que no son nada, son aún menos, son más sombras que se mueven...

Xavier sabe que no puede concebir hijos y ve en la boda con Úrsula, un magnífico velo a esa su deficiencia. Úrsula oculta ante la sociedad su "mal paso"... Alfredo se quita así toda responsabilidad, Natalia también. Nadie es positivo, pero tampoco negativo, pues lo que hacen no tiene un fin consciente de realizar algo malo. No, todos ellos, simplemente siguen el curso de su vida simple; el simple curso de su simple vida, sacando cada quien su propio provecho y nada más. Aquello "era una congregación de débi-

les, sin otro escrúpulo que la propia seguridad".

También en esta novela lo que cuenta no es lo que pasa, sino la manera de narrarlo, el autor; la manera de aprehender el pensamiento en su transcurso, de seguirlo por todas las incontables desviaciones, por lo visto, lo escuchado, por lo sentido, anhelado y lo no logrado.

Las mil y una cosas que cruzan por la mente, lo capta Sergio Fernández por ejemplo, cuando Isabel entra en su cuarto para cambiarse de vestido:

"...y ella entró a la recámara, pero ¿qué vestido ponerse? Al buscarlo pensó en la sesión espiritista. Eran modos extraños de la inconsciencia, sugerencias. Lo esencial no era, no, la vida de los muertos, sino el vestido blanco, de seda china, el convento de Mario, el matrimonio de Úrsula con Xavier. Descorrió la cortina, y el cielo, junto a las azoteas, abrió la brecha, fue el roce de dos mundos: algo que nunca vuelve a repetirse... Se puso el vestido y corrió el cierre de la espalda, inclinando el cuello, que logró, en el aire, una imagen difícil de explicar. Empezó a cantar, mientras no muy lejos, Felipe estornudó a la mitad de una discusión acalorada."

La novedad en las novelas de Sergio Fernández consiste en haber sacado gran provecho del idioma español de la manera que lo hizo. Leyendo a Nathalie Sarraute, ese lenguaje que dice mucho sin decir nada, me pareció en francés un tanto denso, a pesar de que también cautiva



esa manera de tratar los personajes, desarrollando tan sólo sus movimientos interiores. Pero en español, el lenguaje usado por Sergio Fernández es sencillo en cuanto al significado de las palabras, pero complicado y barroco en cuanto al orden de las mismas, en cuanto a la esencia que les saca, en cuanto a los rodeos que da y las combinaciones que inaugura para poder vertir al papel sensaciones y reflexiones que un lenguaje cotidiano y llano no podría dar.

Los personajes son muchísimo más accesibles al ser tratados desde dentro, desde su propio interior. Nos los imaginamos mucho más fielmente si en vez de describir su exterior, el autor nos describe lo que tal persona ha hecho, hace y hará, lo que dice y más aún, lo que no hace, el gesto que reprime, lo que calla cuando, en realidad, desea transmitirlo.

Es esa introversión de los personajes lo que los aparta de los otros. Son infinitos los instantes en que el más mínimo movimiento efectuado, en vez de reprimido, hubiera roto el hielo. Si Teresa, por ejemplo, que tantas ganas tenía de tocar la oreja, color malva, de Luis, la cual tenía, al bailar, enfrente de sus labios, si, en vez de tan solo imaginárselo, lo hubiera hecho... O si Clemente se hubiera decidido a pedirle a Mercedes pasar la noche juntos... porque ella sí habría accedido... pero Clemente ¡se muere antes de proponer tal cosa!... O si Mara no hubiera cedido tan fácilmente, llevada por su deseo de firmar el contrato... si se hubiera resistido un poco más, tal vez Gerardo la seguiría deseando...

Y son muchos los ¡si tal vez...!, que no llegaron a realizarse. Son muchos también en la vida real, pero depende de uno mismo lograr lo que desea, depende del empeño que ponga, de la iniciativa que tenga y de saber persistir, fingiendo que no lo hace... Si uno quiere algo, casi siempre, si de veras lo desea, lo logra. Pero todos ellos no quieren algo realmente fijo, no se aferran a nada, viven superficialmente todos los momentos de su aburrida y vacía vida...

Conversaban... "Mas, ¿qué había? ¿Qué contenía, en el fondo, una conversación? ¿Qué, al tratar de esclarecer lo que era una palabra? ¿Qué, si la palabra misma era tan desamparada, tan inconsciente como el grito de un animal? ¿Qué había cuando una palabra, sólo una, no obstante, llevaba al hombre por caminos que ninguna otra, por muy grande que fuera el empeño, podía lograrlo en esa misma forma?..."

Están todos tan cerrados para los otros, que ya ni pueden reaccionar de una manera distinta. Y dice Gerardo:

"—¿Por qué tendré que ser un hombre sin voluntad para sentir?" El problema de la soledad y de la incomuni-

cación son dos hechos que el mismo autor reitera en sus dos obras. Es un hecho invariable y sin salida, como un hecho consumado que no tiene solución alguna.

En su próxima novela, que ya está por aparecer, y que primero iba a llamarse "La punta del alfiler", título que provenía de uno de los versos de Torres Naharro, ese mismo problema, el del aislamiento personal, no es tan obvio, pero está sobreentendido. Es la historia de un sacerdote y una muchacha que está enamorada de él... pero no pasa nada, porque cuando ella quiere... él no quiere... y al final cuando él quiere, ella ya no quiere...

Esa novela ha ido evolucionando con el tiempo y mientras más progresaba en su mutación, iba quedando cada vez menos de historia... Ahora ya no se llama de la misma manera. Se llamará *Los peces*, porque los peces son muy interesantes, como seres, son feos, callados, inexpresivos... y como signo zodiacal son complejos, sensibles... y porque el autor mismo es de ese signo... Y porque, simplemente al autor —cómo dijo él mismo— ¡se le da la gana! de intitularlo así. Razón, esta última, que menos discusión admite. Esperemos, pues a leer *Los peces*...

Reduce Sergio Fernández, en sus novelas, la figura humana a nada, la priva de carácter decidido, emprendedor, de sentimientos reales, sentidos, de altruismo, de reacciones generosas, de querer, sacrificarse por lo que sea, ni siquiera por sí mismos. A pesar de reducir, así, a nada, la figura humana, sí nos presenta un mundo humano. Mientras que en sus ensayos críticos sobre la literatura española de los Siglos de Oro, lo que más interesa a Sergio Fernández es la figura humana. Las mujeres fueron tratadas detalladamente por el autor, como seres dados muchas veces a profundas histerias, que pueden llevar a la magia misma. Tiene, en esas críticas, tendencia a inventar las cosas o, como dice él mismo, en eso estriba el peligro en su obra, en que no es creación, sino recreación.

En todo lo que escribe, ya sea ensayo o novela, hay armonía y una lógica estructural, sin la cual no podría expresar lo que desea.

#### BIBLIOGRAFÍA

1. FERNÁNDEZ, Sergio, *Los signos perdidos*, Cía. General de Ediciones, col. Ideas, Letras y Vida, México, 1958.
2. FERNÁNDEZ, Sergio, *En tela de juicio*, Joaquín Mortiz, serie del volador, México, 1964.